

porque yacen en el sepulcro todos sus grandes ciudadanos. La Grecia desfallece, porque para consolarla en su horfandad, cercan su lecho de dolores los sofistas : los sofistas que aparecen siempre para conducir al sepulcro á los pueblos agonizantes cuando la inteligencia los abandona y los condenan los dioses. Ellos dieron la cicuta á Sócrates : ellos condujeron á su patria como la víctima al altar á los funestos campos de Queronea, ancho sepulcro de su gloria.

Señores, los sofistas han vuelto á aparecer en la Europa de nuestros dias : sofistas fueron los que barbarizaron la Francia, cubriendo su frente de un velo fúnebre, y trasladando el cetro de oro que dirige su destino, de una aristocracia inteligente á las masas populares : sofistas son los que proclaman hoy los principios disolventes que aquellos sofistas proclamaron : sofistas son los que no concibiendo el poder sin el despotismo, ni la libertad sin la anarquía, no pueden mandar sin ser tiranos, ni saben obedecer sin ser conspiradores.

Pero su última hora suena ya : la juventud de nuestros dias que se avanza pensativa y silenciosa, purgará á la tierra de monstruos. Su mision es grande, es magnífica, es sublime : para cumplirla debe meditar incansable en los principios eternos del mundo moral : debe consultar con ojos ávidos la historia : debe aplicar un atento oido al estruendo de las revoluciones ; y debe pedir á los siglos que la revelen los secretos de las edades pasadas. Cuando se lance al estadio político, despues de haber puesto un término á este combate solitario, triunfará, señores : triunfará marchando impávida con el desden en los lábios, y la gravedad de la inteligencia en la frente entre la guillotina y la hoguera, entre el inquisidor y el verdugo.

---

## LECCION OCTAVA.

31 DE ENERO DE 1837.

---

### CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

---

SEÑORES :

ANTES de bosquejar rápidamente el cuadro del desarrollo de la inteligencia en la Europa de nuestros dias, como prometí en la leccion del martes último, me permitireis que diga dos palabras sobre Roma. La historia es bella contemplada desde el Capitolio. Suprimidle, y es incomprendible la historia. El pueblo rey que le habitó en otro tiempo, dictó sus leyes al mundo ; ¿ cómo pues ha de conocerse la historia del mundo si no se conoce tambien la historia de sus señores ? Sin embargo, como yo no haré mas que saludar de paso al coloso para rendir homenaje á su grandeza, os indicaré los escritores modernos que, en mi entender, debeis consultar detenidamente para comprender la historia de Roma. Y cuando hablo de los escritores modernos, no es porque me olvide de los historia-

dores antiguos, sino porque los orígenes de Roma han sido mas conocidos por los eruditos de nuestros dias que por los escritores romanos. Este fenómeno es fácil de explicar. Roma que se ocupó mas en producir guerreros que historiadores; que se ocupó mas en dar materiales para la historia que en escribirla, no pensó en tener una historia propia sino en tiempo de la segunda guerra púnica: aun entonces no habiendo ningun romano bastante conocedor de los anales de la ciudad eterna para escribirlos, hubo de encarar su redaccion á los griegos establecidos en Italia. Sus trabajos históricos no han llegado hasta nosotros; pero debieron resentirse de dos vicios esenciales: de la adulacion hácia el pueblo romano y de la falta de documentos auténticos; porque los libros de los magistrados y los anales de los pontífices habian sido presa de las llamas. En cuanto á los historiadores que han llegado hasta nosotros, entre los cuales el mas antiguo, y en mi entender el mas profundo es Polibio, y el mas apreciado Tito Livio, aunque solo conocemos cuarenta y cinco libros de su historia, compuesta de ciento cuarenta y uno, se resienten tambien de la misma falta de documentos, y ademas de falta de inteligencia de la mision de la historia. Para los romanos la historia era un ejercicio oratorio, no era una obra grave y monumental legada por las edades que mueren á las edades que comienzan; por las edades pasadas á las edades futuras. Por eso en vez de consultar en sus historias generales los documentos fehacientes, adoptaron sin crítica las fábulas de los griegos: por eso, en fin, fueron inhábiles para escribir una historia general, parto laborioso de una razon severa, mientras que brillaron como escritores de memorias é historias contemporáneas, que se prestan mas fácilmente á las galas de la imaginacion, á la pompa del lenguaje, á la nitidez del estilo y á la animacion de las pasiones.

Desde el siglo xv en que renacieron las letras en Europa, comenzaron los eruditos á dedicarse como al estudio de su predileccion al estudio del organismo interior de la república romana: ya desde entonces tuvieron algunos, no diré la conciencia, pero sí el presentimiento vago de que sus historiadores habian iluminado

la noche de sus orígenes con los reflejos brillantes, pero engañosos, de la fábula. Ese presentimiento no tardó en convertirse en un escepticismo profundo con respecto á los orígenes de Roma: la crítica pasó del escepticismo que duda al dogmatismo que niega; del dogmatismo que niega al dogmatismo que afirma. Luis de Beaufort fué el hombre de la destruccion: Vico ha sido el hombre de la reforma. La crítica del primero, como negativa, fué estéril; la crítica del último, como afirmativa, es fecunda. El primero demostró que la infancia del pueblo romano no habia tenido historiadores: el segundo nos ha dado su historia. Reservándome hablaros de él mas detenidamente en otra ocasion, me contentaré por ahora con indicaros que su *ciencia nueva* ha sido el origen de la renovacion de los estudios históricos en nuestros dias, y que debe meditar no solo como precedente de la escuela reformista de allende el Rhin, sino tambien como la obra en que este reformador atrevido ha penetrado mas profundamente en el simbolismo oscuro de las edades pasadas. La reforma comenzada por él ha sido concluida por Niehbur, el investigador mas profundo de los tiempos modernos. El sepulcro de Roma le ha revelado el secreto de su infancia: sentado sobre sus inmensas ruinas, ha evocado los siglos que allí duermen, y los siglos obedeciendo á su voz han comparecido en su presencia. La ciudad antigua vestida de galas, vestida de luz, como si para ella dieran principio los tiempos, se ha manifestado al historiador como una vision sublime. Niehbur, señores, hubiera podido explicar la historia romana á los historiadores de Roma. En fin, para completar el estudio del estado primitivo de aquella ciudad, será bueno que consulteis la historia de los antiguos pueblos italianos de Micali. En cuanto á la narracion de sus tiempos históricos para la república, podeis consultar á Ferguson y á Michelet, para el imperio á Gibbon, y sobre todo, que Montesquieu sea vuestra guia en el estudio de Roma: él solo puede enseñaros el secreto de su dominacion, porque solo su genio ha sido bastante grande para comprender el genio del Capitolio, que se ha formulado sin esfuerzo en su vasta inteligencia.

En la lección última observamos que la inteligencia social con-

siste en la facultad de conocer todo lo que un pueblo necesita para cumplir su mision , para llenar su destino. Los pueblos infantiles necesitan vencer á los enemigos que los cercan , y vencéndolos son inteligentes : por eso los pueblos infantiles que reconocen el dominio del guerrero que vence y del bardo que hace posible la victoria, reconocen el dominio de la inteligencia , porque el bardo y el guerrero son la inteligencia misma : por eso el pueblo conquistador que se dispersa por el territorio conquistado, y se establece y se fija en medio de los vencidos , reconociendo el dominio del legislador y del sacerdote, reconoce tambien el dominio de la inteligencia; porque solo las leyes pueden constituirle , y solo por medio del rápido desarrollo de las artes de la paz pueden lanzarse en la carrera del progreso.

Si esto es así , señores , para averiguar si Roma ha reconocido tambien el dominio de la inteligencia , fuerza es averiguar primero cuál es su mision , y cuál era su destino. La mision de Roma era absorber al mundo en su unidad , revestirle con sus formas , y sujetarle con su espada y con sus leyes. Roma , pues , para ser inteligente debia abarcar en su seno dos inteligencias distintas : la inteligencia propia de los pueblos que nacen , y la inteligencia propia de los pueblos que se establecen y se asientan : la de los primeros , porque como ellos estaba condenada á la victoria ó á la muerte: la de los segundos , porque debiendo absorber al universo en su unidad , debia imprimirle el sello de su legislacion y de sus formas. Sin él sus conquistas hubieran sido efimeras y pasajeras ; su espada hubiera podido hacer al mundo esclavo ; solo sus leyes podian hacer al mundo homogéneo.

Roma , pues , debia obedecer á la ley de los pueblos infantiles y á la ley de los pueblos adultos. Dos civilizaciones diversas , dos periodos diferentes en la historia de la humanidad , debian coexistir en el Capitolio , debian habitar dentro de sus muros , debian fecundarse sobre sus siete colinas. El pueblo romano , en fin , debia ser fuerte para vencer : debia ser sábio para conservar : debia ser un pueblo legislador y un pueblo guerrero. Pero ni debia ser legislador á la manera de las sociedades que rayan en su periodo de virilidad,

ni debia ser guerrero á la manera de las sociedades iluminadas por el primer albor de la vida. La civilización romana debia tener algo de comun con todas las civilizaciones , porque debia ponerse en contacto con el mundo : pero al mismo tiempo debia tener algo de exclusivamente propio , algo de profundamente íntimo que constituyera suyo , que explicara su superioridad sobre todas las civilizaciones , algo que hiciera inteligible la personalidad romana : esa personalidad absorbente en la que se perdieron como los rios en la mar todas las personalidades de la tierra : ¿ qué es pues , lo que constituye la personalidad del pueblo romano ? Ó lo que es lo mismo , siendo guerrero ¿ en qué se diferencia de todos los pueblos guerreros ? Siendo legislador ¿ en qué se diferencia de todos los pueblos legisladores ? Esta , y sola esta es la cuestion.

Con efecto , señores , Roma no pudo dominar al universo por las cualidades comunes á todos los pueblos del mundo : porque lo que constituye la igualdad , no puede producir en unos la tiranía y en otros la servidumbre : solo las cualidades que la hacian diferente de todos los pueblos de la tierra , de todas las sociedades humanas , pueden explicar sus triunfos , pueden explicar su dominacion , pueden explicar su dilatado señorío. Ahora bien : lo que distingue al pueblo romano de todos los pueblos infantiles , es que siendo siempre instintivas las guerras de los últimos , fueron siempre sistemáticas las del primero. Lo que le distingue de los pueblos legisladores , es que mientras que estos fundaron siempre su legislacion en circunstancias locales y transeuntes , él la fundó en principios invariables , absolutos. En fin , señores , se diferenciaba de todos los pueblos legisladores , porque él solo poseia la ciencia de la legislacion ; se diferenciaba de todos los pueblos guerreros , porque él solo poseia la ciencia de la guerra.

Ya poseemos el secreto de sus victorias. El pueblo romano venció á todos los pueblos , porque era el mas inteligente de todos los pueblos : Roma subyugó al mundo , porque era la inteligencia del mundo. Su dominacion tiene el sello de la legitimidad : porque yo veo el sello del poder legítimo en todo poder inteligente. Roma tuvo tambien esta creencia ; ella tuvo siempre la conciencia de su supe-

rrioridad sobre todas las sociedades humanas: aspiró al trono del mundo, porque el mundo la pertenecía: nunca subyugó á un pueblo en nombre de la fuerza, sino en nombre del derecho. Oid al feal cuando con la frente velada se avanza hácia los enemigos para declararles la guerra en nombre de Roma: escuchad su fórmula terrible—*Audi Júpiter, audite fines, audiat fas*—Y despues de haberle escuchado, condenad, si os atreveis, la dominacion de un pueblo que en nombre de la inteligencia invoca á los dioses para que presencién su combate, y á la justicia para que sancione su victoria.

Pero para que no dudeis de la legitimidad de su dominacion, para que quede cumplidamente demostrado que Roma era la única inteligencia del universo, echaré una rápida ojeada sobre el estado social de los pueblos que la rodeaban, cuando, levantándose como conquistadora, los sujetó á su yugo y los encadenó al Capitolio.

El mundo occidental estaba exclusivamente ocupado por tribus feroces y guerreras: el mundo oriental por pueblos decrepitos y por reyes imbéciles y fastuosos. Atenas estaba entregada á la corrupcion y á los sofistas: Esparta á la barbarie y á la merced de las facciones: El Egipto y las sociedades asiáticas doblaban su cerviz con una indolencia estúpida ante los generales de Alejandro, que herederos de su ambicion, pero no herederos de su gloria, se disputaban en una lucha innoble los despojos de su grandeza y el cadáver del Oriente. ¿En dónde buscareis el porvenir? ¿Le buscareis en la Grecia? El astro hermoso que presidió á su destino, habia ya traspuesto su zénit, se habia ocultado en los mares. ¿Le buscareis en el Asia? La debilidad y la decrepitud no le tienen. ¿Le buscareis en la Europa? La barbarie no tiene porvenir, si el gérmen de la inteligencia no viene á hacer fecundo su seno.

Ahora bien: entre el mundo de la barbarie y el mundo de la decrepitud, entre el Occidente, que era un confuso embrion, y el Oriente, que era un vastísimo sepulcro, se levanta el pueblo inspirado, el pueblo inteligente y guerrero, el pueblo rey, el pueblo del porvenir. El trono del mundo está vacante; él le conquistará con su espada. La corona del mundo está en el lodo; él se la ceñirá, porque está hecha á la medida de su frente. Como la tribu nómada

se postra ante el caudillo que la conduce al combate; como el pueblo de Dios se inclina ante su profeta, cuando se avanza hácia él desde las crestas de Sinaí, así el mundo se postra ante el Capitolio. Cuando el pueblo providencial que le habita, despues de haber vencido á Anibal, despues de haberse asimilado la Italia, salvó los mares que le ciñen y los Alpes que le aprisionan, no los salvó para luchar por un imperio disputado, sino para tomar quieta y pacífica posesion de la herencia que le estaba prometida. Casi á un mismo tiempo sus vencedoras legiones penetran en Numancia, conquistan la Macedonia, allanan los muros de Cartago, y echan por tierra los muros de Corinto.

¡Corinto! Este nombre es sagrado tres veces para mí. Corinto fué el sepulcro de un principio noble, de un hombre grande y de una liga santa: de la libertad, de Filopemen y de los Aqueos. Los últimos griegos murieron allí. La libertad y sus mártires debian recibir la muerte de una misma mano, en un mismo dia, en una misma hora; y debian reposarse en un mismo sepulcro. El recuerdo de la desaparicion de un pueblo es siempre lúgubre y solemne: pero si ese pueblo que desaparece es la Grecia, ese recuerdo es tres veces solemne y tres veces lúgubre. Él causa en el alma, cuando llega á despertarse, una vibracion que se parece al último gemido de una lira que se rompe: disimuladme, señores, esta breve digresion. Si Roma hace inclinar la frente bajo el peso de graves meditaciones, la Grecia es para el corazon un manantial fecundo de inextinguibles placeres. En aquella hay un no sé qué que abruma: en esta un no sé qué que cautiva: aquella me subyuga, como me subyuga siempre la virtud; esta me embriaga, como me embriaga siempre el perfume de la inocencia. Sea este el último adios que mi lábio dirija á esa patria de la belleza y del encanto, de la libertad y de la gloria.

Cuando Roma hubo penetrado en Numancia, glorioso asilo de la independenciam ibérica; en Cartago, esa ciudad famosa cuya imagen turbaba el sueño de Caton; en Corinto, último refugio de la nacionalidad griega, la regeneracion providencial, confiada por el destino al Capitolio, se realizó en el espacio y se consumó en el

tiempo. El germen de la inteligencia penetró en el Occidente; el de la fuerza en el Oriente, y la unidad niveladora de Roma fué la ley del universo.

Admirad conmigo, señores, la marcha providencial del género humano. En la lucha de Roma con el mundo, yo no veo mas que la lucha entre la inteligencia y la barbarie, entre la fuerza y la decrepitud. En el triunfo de Roma, yo no veo mas que el triunfo de un pueblo inteligente y guerrero sobre los pueblos decrepitos ó bárbaros; ¿cuál es el espectáculo que se ofrece á nuestros ojos despues? Roma, en tiempo de Sila, se corrompe por medio del epicureismo que el pueblo griego habia inoculado en sus venas. Roma se debilita por medio de las facciones. Cuando fué corrompida y débil, dejó escaparse de su sien la corona del universo, y la reina del mundo fué esclava de un señor. Cuando los Césares suben al Capitolio, Roma débil y corrompida se enerva: y como el mundo era Roma, el mundo se debilita, se corrompe y se enerva tambien. ¿Dónde encontraremos entonces el porvenir? El porvenir entonces bajó del Cielo, y descendió del polo. Los bárbaros del Norte inocularon el germen de la fuerza en el antiguo mundo entregado á las lentas convulsiones de una prolongada agonía: y el Cristianismo depositó en el seno de los bárbaros el germen de la inteligencia. Así, señores, cuando la inteligencia y la fuerza se extinguen en el Oriente y en el Occidente, la inteligencia y la fuerza se fecundan en el seno de Roma. Cuando Roma se debilita, la fuerza se refugia en el seno de un pueblo bárbaro, y descende del polo. Cuando la inteligencia desaparece del horizonte del mundo, baja del Cielo para rejuvenecer á las naciones bajo la forma de una religion divina. Así, señores, el espíritu de Dios marcha delante de los pueblos: su brazo fuerte los detiene en el borde del abismo y en el límite que los separa del caos. La Providencia se revela al hombre en la historia.

En algunas de mis lecciones anteriores he procurado demostraros que cuando los pontífices de Roma recibieron la herencia de los Césares vencidos, dominaron legítimamente el mundo; porque eran los únicos representantes de la inteligencia social: debiendo encerrar en un brevísimo espacio acontecimientos que apenas po-

drian referirse en muchas lecciones sucesivas, me permitireis que no insista en las pruebas de ese hecho ni en las de la legitimidad de esa dominacion.

En los primeros siglos despues de la destruccion del imperio, los bárbaros estaban agitados aun de la fiebre de establecimientos y de conquistas: la sociedad no tenia una existencia sólida, los conquistadores un asiento seguro, ni los vencidos se resignaban todavía sin murmurar á su dura esclavitud. Los visigodos, los hunos, los vándalos, los hérulos, los ostrogodos se apoderaron, unos despues de otros, de la Italia, que á su vez fué reconquistada por Belisario y por Narsés, hasta que este llamó á su seno á los lombardos que la conquistaron toda, dejando solo á los emperadores de Oriente Rávena, Roma y algunos puertos de mar. Reunidas todas estas ciudades, compusieron el Exarcado á últimos del siglo vi. A principios del vii, esta sed de conquistas pasó de Europa al Oriente, en donde la espada de Mahoma lo sujetaba todo á su poder. A principios del viii, sus falanjes se desbordaron por la Europa: un siglo antes la Europa, sin unidad y sin existencia fija, hubiera sucumbido ante la espada del profeta; pero en el siglo vii, que siguió al establecimiento de los lombardos en Italia, la religion se habia estendido por todo el Norte de la Europa; y los mayordomos de palacio de los imbéciles descendientes de Clodoveo sostenian con una mano firme el cetro de los merovingienses en Francia. La religion que daba al mundo la esclavitud y la fatalidad, y la que emancipaba á los pueblos, dándoles la libertad y revelándoles la Providencia, se hallaron frente á frente á principios del siglo viii entre Tours y Poitiers: la última llevó lo mejor de la batalla. La inteligencia representada por la cruz salvó á la Europa de la barbarie representada por los adoradores de Mahoma.

Con el siglo viii, comienza una nueva era, porque los pontífices son reconocidos como soberanos de Italia, y la corona imperial brilla en las sienas augustas de Cárlo-Magno. Es decir, que apenas se constituye la sociedad, cuando la inteligencia sube al trono en medio de las aclamaciones de los pueblos.

Señores, Cárlo-Magno es el coloso de la edad media: jamás